
Nancy Madore
Doce ardientes princesas
...y doce maneras de satisfacer el deseo
HARLEQUIN
Fuego especial

NANCY MADORE

Doce ardientes princesas

Prólogo



Hace mucho, mucho tiempo, cuando en el mundo habitaban demonios y magos, vivió un rey que no tenía hijos. En su lugar fue bendecido con doce hermosas hijas, doce princesas cuya belleza era objeto de admiración en todo el reino. Todas ellas eran de naturaleza curiosa y comedida, alegre y cálida. Para su padre no había nada más importante que ellas, y se interesaba por todas y cada una de sus actividades e inquietudes.

Cuando las princesas crecieron, fueron desposadas y abandonaron el castillo, pero

ninguna de ellas se fue muy lejos, y el rey continuó cuidando de ellas, creyendo que conocía todas sus inquietudes.

Un buen día un extraño rumor llegó a oídos del rey; un rumor que estaba en boca de todos. Se decía por todo el reino que hacían falta cuatro reinos para comprarles zapatos ya que al día siguiente de haberlos comprado ya estaban deshechos. No importaba que estuvieran hechos de un material resistente, o que la costura fuera de primera calidad, o que estuvieran perfectos cuando las princesas se los quitaban por la noche...A la mañana siguiente siempre estaban hechos pedazos. Sin embargo, las princesas eran las primeras en sorprenderse ante semejante fenómeno.

En cuanto se enteró de las excentricidades de sus hijas, el rey las llamó a la corte. Ellas confirmaron los rumores, pero no pudieron darle una explicación. El rey, siempre orgulloso de sus habilidades, discutió el caso con sus hijas y los esposos de éstas. ¿Acaso eran sonámbulas? Enseguida llegaron a la conclusión de que no era posible. ¿Acaso otra persona se ponía los zapatos por la noche? Eso también resultó ser imposible, ya que habían empezado a guardar-

los bajo llave. ¿Acaso estaban hechos con materiales defectuosos?...

El rey siguió interrogando a las jóvenes pero no lograron arrojar luz sobre aquel raro fenómeno.

Al principio el monarca estaba intrigado, y desconcertado, pero con el paso del tiempo, aquel misterio empezó a socavar su sentido de la lógica y del orden. Todas las noches cabalgaba hasta las casas de sus hijas para examinarles los zapatos, que siempre estaban en perfectas condiciones. Sin embargo, a la mañana siguiente, mostraban el desgaste propio de años y años de uso.

La impotencia que sentía alimentó la determinación del monarca, que se pasaba día y noche investigando el asunto. Sólo descansaría tras desentrañar el secreto que encerraban los zapatos de sus hijas. Poco a poco, tanto esfuerzo la pasó factura y finalmente proclamó un decreto en el que ofrecía la mitad del reino al que resolviera el misterio. No obstante, el rey supo mantener a los timadores a raya añadiendo una cláusula específica. Quien intentara resolver el misterio y fracasara, lo pagaría con su vida.

Al principio una gran cantidad de hombres valientes aceptó el desafío, pero todos

fracasaron en su empeño y perdieron la vida. Así, hubo un tiempo en que las princesas se levantaban cada mañana pensando en el próximo caballero inocente que daría su vida. Sus infancias felices parecían alejarse por momentos. Sin embargo, con el paso del tiempo el número de hombres dispuesto a arriesgarse fue disminuyendo y el misterio de los zapatos de las princesas se convirtió en un mero tema de conversación, para todos excepto el rey.

Un día llegó al reino una hechicera llamada Harmonia Brist. Venía de muy lejos, de donde ya no apreciaban sus poderes de percepción y curación, y había parado en busca de comida y cobijo.

La hechicera Brist no había pasado mucho tiempo en el reino cuando el asunto de los zapatos llamó su atención. Aquello la intrigó profundamente y escuchó con gran interés las historias que contaban el tabernero y sus hijas. Cuando ya le habían dicho suficiente, la hechicera se puso de pie.

—Enséñeme el camino a palacio, por favor, pues me gustaría resolver el misterio —dijo.

Todos los presentes se quedaron boquiabiertos y dejaron sus quehaceres de inme-

diato. El mismo tabernero cerró el negocio y se ofreció para llevarla ante el rey. Por el camino la multitud creció y los curiosos se volvían a su paso para preguntar qué estaba ocurriendo. En cuanto conocían las intenciones de la hechicera se unían a la procesión. Todos los habitantes de la ciudad dejaron sus casas y fueron tras la hechicera rumbo a palacio.

Por fin la procesión llegó a su destino y la hechicera fue recibida con pompa y ceremonia, como era de esperar. Fue acomodada en una de las habitaciones de la torre del castillo mientras esperaba la llamada del rey. Todas las princesas recibieron una invitación para un gran festín. Había transcurrido mucho tiempo desde que el último hombre valiente había perdido la vida intentando resolver el misterio y todo el mundo estaba lleno de expectación.

En unos pocos días llegó la gran noche, pero a pesar de la bebida, la música y el jolgorio, todos los invitados estaban impacientes por oír a la hechicera. Todos excepto el rey, que ya había abandonado la esperanza de desentrañar el secreto. No deseaba que se perdieran más vidas, y mucho menos la de esa mujer. La observaba sorprendido mien-

tras ella disfrutaba de la fiesta. ¡Hasta el más bravo de los hombres se habría mostrado nervioso! Parecía tan segura de sí misma y convencida, que el monarca no había dejado de pensar en ella ni un momento. Sentía que no debería haberla dejado aceptar el reto, y que tenía que disuadirla a toda costa. Perder la vida no merecía la pena y las probabilidades de que resolviera el misterio eran casi nulas. Otros magos y hombres sabios ya habían fracasado en el intento. Y sin embargo, el rey no hacía más que preguntarse cómo pensaba resolverlo.

Así pues, el monarca retrasó el gran momento todo lo que pudo mientras decidía qué hacer. Finalmente se hizo un poco tarde y la hechicera se le acercó.

—¿Tenéis un momento, Alteza? —le dijo, como si ella fuera de la realeza.

La sala estaba llena de gente, pero en ese instante todos enmudecieron.

—Por supuesto —dijo él, sorprendido ante tanta insolencia.

—Estoy impaciente por hablar del misterio. ¿No es ésa la razón por la que estamos hoy aquí?

Todos los invitados contuvieron el aliento y las princesas se miraron con temor.

—Seré tan directo con vos como lo habéis sido conmigo —le dijo el rey, que había empezado a simpatizar con la hechicera—. Se me han quitado las ganas de conocer la respuesta después de tantas muertes. No quiero mandar a otro a la tumba, y menos a una mujer.

—¿Entonces habéis derogado el decreto?

—Bueno... Oficialmente no he...

—¿Habéis rechazado a otros candidatos? —le preguntó, interrogándolo con gran desparpajo.

—No —dijo el rey, con la sangre hirviendo.

Pero no quiso decirle que lo habría hecho de haber sido necesario. Hacía mucho tiempo desde que el último temerario había perdido la cabeza y el rey había supuesto que todo el mundo lo había dado por imposible. Pero el rey desaprobaba ese tono autoritario y no tenía por qué darle explicaciones a alguien tan grosero.

Harmonia siguió adelante, ajena a su mal humor.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Entonces este reino también tiene miedo de aceptar el desafío de una mujer! —un murmullo llenó la habitación, pero Harmonia estaba demasiado molesta como para notarlo.

¿Cómo iba a tener éxito si no le daban las mismas oportunidades?

Resulta que el rey siempre se había considerado un gran defensor de las mujeres. Había reformado leyes para beneficiar al sexo femenino a instancias de sus adoradas hijas.

El monarca se puso en pie y miró fijamente a la hechicera, recuperando así su autoridad.

—Harmonia Brist —dijo—. Aceptaré el reto, pero será bajo mis condiciones, no las vuestras —una vez más se hizo el silencio en la habitación—. Vuestra valentía es digna de elogio, pero no voy a aceptar condiciones que no apruebo. Los errores del pasado ya no tienen remedio, pero... —se tomó su tiempo para deliberar—. Si todavía deseáis resolver el misterio, podéis hacerlo con total libertad y, si tenéis éxito, lo que más deseéis de mi reino será vuestro.

Harmonia se quedó sin palabras y miró al rey con incredulidad.

—¿Y bien? —dijo el rey—. No me hagáis esperar. ¿Qué les pasa a los zapatos de mis hijas?

La hechicera se recuperó inmediatamente, consciente de esta nueva oportuni-

dad. Se puso erguida y miró al rey a los ojos. Habló alto y claro.

—Los zapatos son sólo un síntoma del malestar de las princesas. Sienten nostalgia y no logran adaptarse a su nueva vida de casadas. El poder de sus deseos más íntimos las hace reunirse todas las noches para bailar y ahuyentar los pesares. Aquí, en el castillo, tal y como solían hacer antaño.

El silencio se hizo ensordecedor. La tensión se podía cortar con unas tijeras.

—Una respuesta muy ingeniosa —dijo el rey—. Me alabáis diciendo que mis hijas echan de menos su vida aquí conmigo. Oh, ojalá pudiera tenerlas siempre conmigo. Pero han de casarse y dejar el palacio. Sin embargo, me habéis insultado insinuando que mis hijas vuelven a mis espaldas. ¿Acaso no sabéis que las vigilamos todas las noches? ¡Nunca han abandonado la cama durante la noche!

La hechicera permaneció impasible y sonrió.

—No podéis ver a vuestras hijas cuando vienen porque entran por la puerta de sus deseos secretos y permanecen aquí gracias al poder de la nostalgia. Por alguna razón, todo se manifiesta a través de sus zapatos.

—Parece que no sois una hechicera insensata —dijo el rey—. Habéis dado una explicación que no se puede probar.

—La prueba son las zapatillas gastadas.

—¡Habéis dado una respuesta que no se puede probar!

—¡Padre! —exclamó la más joven de las princesas—. ¡Es cierto! Yo lo he soñado.

De pronto un murmullo de voces inundó la sala. La joven princesa se volvió hacia sus hermanas, que parecían confusas.

—Os pido perdón si mi explicación no es suficiente —dijo la hechicera, alzando la voz—. Pero os aseguro que la cura será de vuestro agrado.

—¿La cura? ¿Queréis decir que podéis hacer que los zapatos no aparezcan deshechos por la mañana?

—Claro. ¿Acaso me habría arriesgado si no pudiera?

—Si lográis lo que decís, habréis resuelto el misterio —afirmó el rey—. ¿Y cuál es la cura?

—Es distinta para cada una de las princesas. Tengo que verlas por separado. Después de haber seguido mis recomendaciones durante una semana, sus zapatos estarán intactos por las mañanas.

—¡Que así sea! Tenéis una semana.

Una gran ovación sacudió a la multitud y así surgió una nueva esperanza. La celebración continuó toda la noche, pero a la mañana siguiente los zapatos de las princesas volvían a estar deshechos...



Princesa
Attentia

A la mañana siguiente la princesa Attentia se despertó llena de emoción. Ella era la única que había reconocido la verdad de la hechicera. Aún recordaba al detalle aquellos sueños en que ella y sus hermanas se reunían en el palacio al caer la noche para pasar el tiempo bailando. También sabía que no era tan feliz como cuando vivía en el hogar de su padre, y sus hermanas sentían lo mismo. Parecían muy felices con sus vidas de casadas, pero la realidad era muy distinta.

Ella estaba segura de que la hechicera

podía ayudarlas. Sería maravilloso poder llegar a ser tan feliz con su esposo como lo había sido con su padre y sus hermanas.

La princesa Attentia se puso su mejor vestido y se sentó delante del tocador para peinarse. Entonces pensó en la hechicera. ¡Qué hermosa era! La princesa Attentia admiraba su belleza y deseaba ser como ella.

Justo en ese momento su esposo asomó la cabeza por debajo de las mantas.

—¿Por qué os habéis levantado tan pronto?

—Quiero que todo esté perfecto cuando llegue la hechicera. Y vos también deberíais levantaros.

—¿No es un poco pronto? —le preguntó su esposo, con cara de sueño.

—No sé cuándo llegará, pero sé que vendrá aquí primero porque estamos más cerca del castillo.

Se retocó el peinado y fue a sentarse al lado de su esposo.

—Quiero darle buena impresión.

—Claro que le daremos buena impresión —dijo él y la atrajo hacia sí.

Ella sonrió, pero se apartó antes de que le estropeara el vestido.

—Quiero asegurarme —le contestó.

Él la miró fijamente un instante.

—Parece que sus teorías os impactaron mucho. ¿Sois infeliz, Attentia?

—Claro que no —contestó sin más.

Entonces miró a su esposo y sus encantos la cautivaron al instante.

Su rostro aniñado y somnoliento tenía un irresistible toque masculino gracias a una barba de tres días. Su cálida mirada y esa voz ronca de la mañana la hechizaron sin remedio. Lo amaba tanto...

¿Acaso no era suficiente? Parecía que no. Ella sabía que él también la amaba y que deseaba satisfacer sus deseos. Pero había veces que…

En ese momento sonó el timbre de la puerta y la princesa se puso en pie de un salto.

—¡Lo sabía! —exclamó, mientras corría hacia la puerta.

Harmonia entró con aires mayestáticos. Iba vestida con colores intensos que realzaban su larga cabellera rubia con mechones plateados. Tenía una expresión joven, despierta, y no se le escapaba detalle. Llevaba una especie de maletín de médico, grande y repleto de cosas. La princesa Attentia se preguntó qué había dentro.

La joven se deshizo en disculpas por no

haber preparado un refrigerio. Condujo a la hechicera a la cocina y se puso a hacer café.

—Ya he desayunado —le dijo la hechicera y tomó asiento—. ¿Por qué no os sentáis a mi lado?

La princesa hizo lo que le pedía.

Harmonia sonrió al ver que la joven deseaba complacerla.

—¿Dónde está vuestro esposo?

—Oh, bajará enseguida. No os esperaba tan pronto.

Hubo un silencio y las mujeres se miraron.

—¿Nos vais a hacer una prueba? —preguntó Attentia, nerviosa.

—No. Normalmente localizo el problema observando los síntomas en la gente. A veces tengo que hacer preguntas, pero en cuanto sé dónde está el problema, puedo encontrar el remedio adecuado.

—Entonces sois como un médico.

—Más o menos. Pero en lugar de la medicina uso la intuición y un poquito de magia.

—Espero que no me vayáis a convertir en una rana —dijo el príncipe desde la puerta.

La princesa se echó a reír y su marido le guiñó un ojo. La hechicera estaba encantada con la pareja, pero... ¿Dónde estaba el problema? ¿Acaso la princesa desconocía el arte del placer, o había algo más? Harmonia los observó cuidadosamente.

—Parece que estáis muy enamorados.

—Oh, sí —dijo la princesa.

—Y no me cabe duda de que os sentís atraído el uno por el otro.

—Oh, sí, mucho.

—A lo mejor demasiado —dijo el príncipe.

La maga miró al príncipe un instante.

—¡Bueno! —exclamó satisfecha—. Tengo algo que os será muy útil a los dos —puso la bolsa sobre la mesa y empezó a rebuscar en ella.

—¿Ya habéis encontrado el problema? —preguntó la princesa.

—Oh, yo no diría que es un problema después de todo. Podréis solucionarlo con facilidad. Ah. Aquí está —sacó un cinturón de cuero.

—¿Qué es eso?

—Parece una especie de... Pero no puede ser... —dijo el príncipe—. ¿Un cinturón de castidad?

—Se usa como un cinturón de castidad, pero no sirve para lo mismo. Pronto veréis que este cinturón está encantado. La inscripción en el cuero os dirá todo lo que necesitáis saber —la hechicera puso el cinturón en la mesa y se puso de pie—. Usadlo cuando vuestro esposo esté cerca, princesa, y todo irá bien. Es muy ligero y suave como la piel, así que no os molestará.

—No sé... —dijo la princesa.

Entonces miró a su marido, que no dejaba de mirar el instrumento.

—El rey ha ordenado que se sigan mis instrucciones al pie de la letra.

—Bueno... Supongo que no me hará daño intentarlo.

—Ahora tengo que irme. Tengo que visitar a todas vuestras hermanas. Adiós.

Mientras la princesa acompañaba a la maga hasta la puerta, el príncipe tomó el extrañó objeto en las manos. Era muy suave.

—¿Cómo funciona? —preguntó Attentia al volver.

El príncipe arrugó los ojos y trató de leer la inscripción.

—Dice: «No hay llave. El cinturón se abrirá por sí solo en el momento preciso» —leyó, y

miró a su esposa—. ¿Qué creéis que quiere decir?

—No lo sé.

—Bueno, ponéroslo a ver qué pasa.

La princesa Attentia tomó el artilugio en sus manos y fue al vestuario del dormitorio, seguida de su esposo, que la esperó en la cama.

Aquel cinturón de cuero era igual que uno de castidad. Las suaves correas alrededor de la cintura y los muslos lo mantenían en su sitio. Entre las piernas tenía una sólida barrera que le cubría sus partes más íntimas. Encajaba tan bien que podía hacer sus necesidades fisiológicas sin tener que quitárselo. Sentir las tiras de cuero sobre la piel era muy agradable. Se bajó la falda y fue en busca del príncipe.

—¿Y bien? —le preguntó él con expectación.

Ella se sonrojó.

—Dejadme ver.

La princesa se levantó la falda y sintió un cosquilleo al desnudarse delante de su marido.

El príncipe se quedó mirando a su esposa, que estaba desnuda excepto por el cinturón de castidad. Lo primero en que se

fijó fue en aquel pequeño triángulo de rizos que estaba totalmente al descubierto. El príncipe examinó el artilugio y entonces vio la barrera que la protegía.

—La cuestión es cómo lo abriremos —murmuró él, de rodillas frente a ella.

—¿Qué? —dijo la princesa, muy excitada al sentirlo tan cerca.

—La inscripción decía que se abriría por sí solo en el momento preciso. Me pregunto cuándo es el momento preciso.

—No lo sé —admitió Attentia.

¿Podría ser la solución a todas esas noches de deseos insatisfechos en las que no lograba llegar al éxtasis? Quizá había algo de verdad en lo del momento preciso.

La princesa estaba impaciente por averiguarlo.

—¿Lo probamos?

—Creo que no pensaremos en otra cosa hasta que lo hagamos —dijo el príncipe y se quitó la ropa.

Entonces le quitó el vestido a la princesa, pero al ver las correas de cuero que la protegían de él se detuvo.

Aquél hubiera sido el momento preciso para el príncipe, pero el cinturón seguía cerrado a cal y canto.

Llevó a la joven hasta la cama y la hizo acostarse boca arriba. Attentia estaba muy nerviosa, sin saber lo que se esperaba de ella. Él la observó durante unos segundos, examinando cada centímetro de su cuerpo desnudo. Era un momento exquisito para la princesa.

El príncipe se acercó a su esposa lentamente y trató de pensar en lo que más le gustaba, pero se dio cuenta de que no lo sabía. Entonces decidió que era hora de averiguarlo. Se tumbó a su lado apoyándose en un codo. Todo su cuerpo estaba excitado, pero trató de contenerse. Sabía que tenía que concentrarse en la tarea para no perder el control. Se tomaría su tiempo, moviéndose lenta y suavemente, para descubrir todos los secretos que su esposa había escondido hasta entonces.

Se inclinó sobre ella y le rozó los labios, tentándola con el anticipo de un beso. Entonces la besó en las mejillas, en la frente y en los hombros, acariciándola con el aliento. Mientras la colmaba de besos, empezó a deslizar los dedos sobre su cuerpo con gran sutileza, deleitándose en las curvas de seda de su figura. Cada vez que posaba los labios sobre los de la joven, sentía su deseo jadeante.

El príncipe quería que ella lo deseara con todas sus fuerzas. La princesa arqueó la espalda y gimió de placer, pidiéndole algo más que una delicada caricia. Entonces él le dio un beso apasionado y se dio cuenta de que el cinturón de castidad no se abriría tan fácilmente, pero no importaba mucho.

Siguió besándola con frenesí hasta que ella se aferró a él, temblando.

—Ahora vamos a averiguar qué os gusta —susurró en voz baja—. ¿Me lo vais a decir, o tengo que probarlo todo?

Ella se quedó sin palabras.

Él se echó a reír y volvió a besarla. Sus manos comenzaron a acariciarla con firmeza, siguiendo las curvas de su cuerpo como si quisiera esculpirla. Entonces le cubrió los pechos con las manos y pellizcó los pezones, haciéndola gemir una vez más.

—Ah —el príncipe suspiró—. Eso os gusta —volvió a pellizcarle los pezones con más fuerza.

Ella gimió y se contoneó ligeramente. Él se acercó un poco y sopló sobre los enrojecidos pezones. La joven se estremeció y él siguió jugando a su antojo, probando todos los juegos y disfrutando de su respuesta. En

el interior de la princesa crecía una pasión hasta entonces desconocida.

Un rato después, el príncipe empezó a acariciarla más abajo, deteniéndose en el vientre antes de llegar al cinturón de castidad. Ella levantó las caderas, pero él volvió atrás y continuó acariciándole el vientre. Así, retrasó el momento hasta volverla loca de deseo. Cuando por fin la tocó *ahí*, lo hizo con gran suavidad, aumentando así la excitación de la muchacha. Sus esfuerzos parecían estar dando fruto, pues ella se consumía en un mar de deseo, contoneándose y buscando el tacto de su mano.

Mientras la acariciaba de esa manera, el príncipe notó que cuando la tocaba en un lugar en particular, la princesa gemía con más fuerza y subía las caderas con mucho ímpetu. Aquel lugar especial estaba situado justo encima de su sexo, que seguía vedado gracias al cinturón de castidad. Sin embargo, ese punto erógeno estaba totalmente descubierto.

Empezó a explorar la zona con las puntas de los dedos, muy lentamente, tratando de familiarizarse con su cuerpo. Le separó las piernas y se colocó entre ellas, acercándose tanto que Attentia podía sentir su

aliento sobre la piel. El príncipe advirtió un pequeño bulto bajo la piel en el que nunca antes había reparado. Cuanto más lo acariciaba, más se hinchaba y endurecía.

Si la tocaba en el punto exacto, la princesa se derretía bajo sus manos, pero aún tenía que encontrar el ritmo adecuado. El príncipe comenzó a experimentar, masajeando y acariciando aquella protuberancia, presionando aquí y allá. Por fin encontró la combinación perfecta de tensión y cadencia, y la hizo bailar al ritmo de sus dedos. La joven se agarró a las sábanas y poco a poco el cinturón de castidad empezó a abrirse.

Su propio cuerpo deseaba responder a aquella invitación, pero también sabía que debía esperar un poco más. Había comprendido que sus cuerpos eran muy similares y ella se habría llevado una gran decepción si hubiera dejado aquellas estimulantes caricias. Él sabía que ella estaba muy cerca de llegar al clímax. Sin dejar de mover los dedos, se inclinó sobre la princesa y besó lo que antes tapaba el cinturón de castidad. Entonces lamió su sexo caliente y la joven gritó de placer. El príncipe sintió la vibración de su cuerpo bajo la lengua.